

Física y Semántica en la filosofía de Quine

AURELIO PÉREZ FUSTEGUERAS
(Universidad de Granada)

Seguramente, la doctrina de mayor interés que Quine ha aportado a lo que sabemos de nuestra posición en el mundo en tanto que productores de conocimiento es la de la indeterminación evidencial de nuestras creencias. El ha mostrado que sobre la misma evidencia sobre la que hacemos descansar nuestro edificio cognoscitivo podríamos haber construido un edificio diferente. Por otra parte, la que con toda probabilidad es su doctrina más conocida o, al menos, más famosa afirma que traducciones diferentes de las expresiones de un lenguaje con respecto al cual no tengamos tradición traductiva pueden concordar igualmente bien con la conducta verbal y no verbal de los que las pronuncian o escriben. Ahora bien, aun admitiendo la similitud entre física y traducción en cuanto a indeterminación evidencial. Quine ha venido sosteniendo en las tres últimas décadas que hay un punto fundamental que las diferencia: mientras que la física, y la ciencia natural en general, se ocupan de algo objetivo, los manuales de traducción conteniendo la gramática de la lengua extranjera y el correspondiente diccionario bilingüe carecen de tal materia objetiva. La existencia o no de este factor diferencial será el objeto de discusión de este trabajo.

En las tres primeras secciones se analizan los datos iniciales del problema, a saber, la indeterminación del discurso de sentido común, del discurso teórico y de la traducción. En la cuarta se explora el conductismo semántico y se examina su papel en la doctrina de la diferencia entre física y traducción. En la sección final se someten a crítica las razones de Quine y se argumenta que su posición en esta materia no es consistente con una concepción pragmática de la evidencia y de lo real.

1. Indeterminación sensorial del discurso de sentido común

Las afirmaciones sobre cuerpos, es decir, sobre objetos físicos de tamaño medio, están indeterminadas por la estimulación de nuestros receptores sensoriales en la medida en que la postulación de tales objetos está indeterminada por dicha estimulación. La indeterminación de la ontología

de sentido común se hace visible cuando consideramos los principios o criterios que aplicamos tanto para cortar porciones discretas en el continuo que, primariamente, es la realidad extralingüística como para identificar tales porciones. Veamos algunos de estos principios.

En *Las raíces de la referencia* se considera el factor forma; a diferencia de lo que ocurre con las sustancias (a las que se refieren los términos de masa), que son informes, la división de la referencia en el caso de los cuerpos tiene en cuenta tanto la existencia de una forma básica, que individúa espacialmente, como la existencia de muchas otras formas ligadas por la continuidad y la reversibilidad de la deformación, que individúa en el tiempo.

Otro principio de objetivación (no mencionado por Quine) es el que podemos llamar de funcionalidad. Este criterio explicaría por qué, por ejemplo, una máquina en la que se hubieran ido sustituyendo las piezas por otras iguales, hasta no quedar una sola de las originales, seguiría siendo la misma máquina. Y, por otro lado, explicaría por qué no siempre una parte de un cuerpo es un cuerpo. Una silla o el cigüeñal de un motor son cuerpos, pero media silla o medio cigüeñal, no; y no lo son por carecer de función. Ni siquiera son partes de sillas o de motores.

Lo que importa subrayar es que los criterios de individuación ontológica no están determinados por la estimulación sensible, dependiendo más bien de finalidades e intereses específicos del hombre. Esto es especialmente claro en el criterio de funcionalidad pero se aprecia igualmente cuando reflexionamos no ya sobre otros criterios sino sobre el valor de la *práctica misma de la individuación*. ¿Por qué dividir la referencia de "conejo" en lugar de dejarla amorfa, como la de un término de masa? Como en el caso del agua, la referencia de "conejo" podría haber sido la total, aunque discontinua, parte del mundo integrada por carne y huesos conejiles. Dos conejos juntos constituirían una porción mayor de sustancia conejil, de la misma manera que la unión de dos porciones de agua forma una porción mayor de agua. Sin embargo, dividimos la referencia de "conejo" en mónadas referenciales de manera tal que dos conejos juntos no forman un conejo más grande. Por el extremo opuesto podemos preguntarnos por qué unificamos en un solo objeto todos los estadios temporales del río o del conejo. Una de las razones de todo ello es que «favorece las conexiones casuales» («Things and their place in theories», p. 12). Pero, como ha mostrado Putnam, nuestro uso de las nociones de causa y explicación es relativo a nuestro conocimiento previo y a nuestros intereses.

Lo importante en esta cuestión es apreciar hasta qué punto es flexible la relación entre la experiencia y la ontología. Esa relación entre clases de estimulaciones sensoriales y las clases de cuerpos que pueden ser postuladas a partir de las primeras no es una función. A partir de cierto tipo de estimulación es posible postular conejos, estadios temporales de conejos,

porciones de la parte del mundo integrada por carne y huesos de conejos, etcétera.

La mayoría de los enunciados observacionales son enunciados sobre cuerpos. En la medida en que hablan de unos objetos cuya existencia está corroborada genéricamente por la experiencia, pero cuyo perfil ontológico específico es un asunto postulatorio, son enunciados teóricos; en la medida en que están conectados directamente con la experiencia son enunciados empíricos. La observación nos confirma la presencia de un objeto de cierto tipo, pero nos lo asegura a condición de que los objetos de esa clase existan; y esa condición no puede ser verificada por la observación. Esta última soporta la estructura ontológica de sentido común sólo parcialmente y de manera no determinada; de manera parecida, pues, a como soporta las teorías científicas.

Parecidas conclusiones obtenemos si nos paramos a considerar la identificación de cuerpos a través del tiempo. Nuestros principios de objetivación nos proporcionan criterios para conjeturar cuándo, ante apariciones o presencias temporalmente discontinuas de personas, se trata de personas distintas o de la misma persona; pero, evidentemente, se trata de criterios para formular hipótesis con carácter de probabilidad e infradeterminadas por la experiencia. Cabe advertir incidentalmente que las aseveraciones de identidad a través del tiempo tienen un contenido hipotético muy superior al que poseen las meras aseveraciones de presencia; las primeras no son oraciones observacionales, las segundas, sí.

2. Indeterminación evidencial del discurso teórico

De un problema que en cierto momento tiene dos o más soluciones igualmente satisfactorias, en el sentido de que no se conoce un hecho relevante que discrimine entre ambas, aunque no se excluye que un tal hecho pueda existir, se puede decir que está infradeterminado. De un problema que admite dos o más soluciones respecto a las cuales se presume que no hay un hecho, conocido o desconocido, que incline la balanza en uno u otro sentido, es más apropiado decir que está indeterminado.

La naturaleza de una situación de indeterminación viene dada por la naturaleza de los hechos respecto a los cuales se da la indeterminación. Por eso dije que el discurso sobre cuerpos está estimulativamente indeterminado. Ahora hablamos de indeterminación empírica y de indeterminación metodológica de la física porque, según una conocida doctrina quineana, cada teoría tiene alternativas empírica y metodológicamente equivalentes que, sin embargo, no son lógicamente equivalentes (la sección 6 de *Palabra y objeto* y «On empirically equivalent systems of the world» son los lugares donde el tema es tratado con más detalle).

Esta tesis recibe cierta plausibilidad de la tesis del holismo pero, como he intentado probar en otro lugar («La indeterminación de la traducción

de teorías»), no se deduce de ella. La indeterminación de la física es uno de los pilares del sistema de Quine y, al igual que los axiomas de una teoría, sería impropio exigir su prueba. Más bien debe ser enjuiciada, junto con el holismo, la naturaleza teórica de los cuerpos y el naturalismo epistemológico, por su capacidad de generar un sistema de explique convincentemente el desarrollo del conocimiento y la relación entre la experiencia y las teorías científicas.

La tesis afirma que nuestra teoría física tiene alternativas respecto a las cuales, en el caso de que las descubriésemos, no encontraríamos eventos observables ni consideraciones sistemáticas que pusieran de relieve algún tipo de ventaja o desventaja en alguna de ellas o en la nuestra. Seguiríamos diciendo que esta última es la verdadera, precisamente por ser la nuestra, es decir, porque de hecho es con la que estructuramos la realidad, pero no porque haya algún otro sentido en el que pueda decirse que sea empírica o metodológicamente mejor (en la sección quinta se volverá sobre este punto).

Una palabra sobre terminología. La infradeterminación de cualquier teoría supone que siempre es posible el descubrimiento de un hecho refutador. Es razonable pensar que la probabilidad de una tal eventualidad es inversamente proporcional al grado de confirmación de la teoría. Por el contrario, un conjunto de enunciados está o no está determinado por un conjunto de datos, no lo está más o menos. La indeterminación no es un asunto de grados. Esta es la razón fundamental por la que prefiero hablar de indeterminación evidencial de la ciencia mejor que de subdeterminación evidencial, como a menudo ocurre en la literatura sobre el tema. Es verdad que Quine, con seguridad para marcar la diferencia que según él existe entre física y traducción, usa la mayoría de las veces "under-determination" en relación con la primera e "indeterminacy" en relación con la segunda, pero no faltan ocasiones en las que usa este último término en relación con la ciencia o en relación con la ciencia y la traducción simultáneamente. En otras, utiliza "under-determination" en relación con ambas esferas. Lo importante, no obstante, es que Quine admite que la física y la traducción están evidencialmente indeterminadas en el sentido expuesto. Por tanto, mi terminología no traiciona su pensamiento. Si física y traducción se diferencian en otros aspectos es algo que debe ser examinado sin necesidad de difuminar el paralelismo que en cuanto a indeterminación evidencial existe entre ambas.

3. Indeterminación evidencial de la traducción

Cuando desconocemos la referencia de un término general usado por un interlocutor, porque sea plurisignificativo o porque se trate de un término desconocido para nosotros, tenemos a nuestra disposición toda una batería de expedientes lingüísticos, predicados de identidad y diferencia,

pronombres, cuantificadores, etcétera, para llevar a cabo mediante las oportunas preguntas y respuestas la determinación de su referencia. Ahora bien, como Quine ha argumentado con fuerza, basta que el aparato referencial integrado por tales expedientes no sea compartido por nuestro interlocutor y nosotros para que la referencia de los términos que usa resulte inescrutable.

Los factores que están en el origen de la inescrutabilidad de la referencia de los términos observacionales y, por tanto, de la indeterminación de la traducción del nivel observacional del lenguaje son tres: la indeterminación estimulativa de la ontología de sentido común, la inexistencia de un aparato de la referencia compartido y la ambigüedad de la ostensión. Los dos primeros son interdependientes: si el aparato de la referencia está fijado, la referencia de los términos es determinable; a la inversa, si la ontología de nuestro interlocutor extranjero nos fuera conocida, se podrían ir determinando inductivamente las partículas de la lengua extranjera que cumplen las funciones de nuestros pronombres, cuantificadores, etcétera. Por lo demás, es claro que la ostensión es ambigua: siempre que se señala un conejo, se está señalando un estadio temporal de conejo, una parte no separada de conejo y una porción de toda la parte conejil del mundo.

He dicho que la indeterminación de la traducción de los términos observacionales acarrea la de todo el área observacional del lenguaje. Para ver que esto es así, piénsese, por ejemplo, en las generalizaciones empíricas. La verdad o falsedad de estas depende de la extensión de los términos generales componentes. Si nos quedamos en el nivel de las oraciones observacionales tomadas globalmente (que es como, según Quine, son traducibles determinadamente, mediante sus significados estimulativos), sin contenido ontológico específico, es indiferente traducir «Gavagai» por «he ahí un conejo» o por «he ahí un estadio temporal de conejo», porque ambas son estimulativamente sinónimas. Pero cuando se trate de oraciones categóricas universales no será indiferente traducir una supuesta generalización extranjera por «todos los conejos son miedosos» o por «todos los estadios temporales de conejos son miedosos», porque una puede ser verdadera y la otra falsa.

Quine ha argumentado específicamente la indeterminación de la traducción de las oraciones teóricas de dos maneras bastante conectadas entre sí. En «Naturalización de la epistemología» se dice que es un corolario de la tesis del holismo y de una concepción verificacionista del significado. En «On the reasons for indeterminacy of translation» se la hace depender de la indeterminación empírica del conocimiento científico. En el trabajo mencionado anteriormente he intentado probar las siguientes afirmaciones: a) el argumento de «Naturalización de la epistemología» da por supuesto que el holismo implica la indeterminación empírica de la física; b) no hay tal implicación; c) el argumento de «On the reasons for indeterminacy of translation» utiliza como premisas la tesis de la indetermi-

nación de la física y la de que el conjunto de sus consecuencias empíricas agota el significado de una teoría; d) esta segunda premisa es falsa. La conclusión final es que la indeterminación empírica de la física no es una condición suficiente ni necesaria de la indeterminación de la traducción de teorías. De c) se desprende que no es suficiente, y no es necesaria porque la indeterminación de la traducción de teorías resulta ser una consecuencia de la indeterminación de la traducción del aparato de la referencia y de los términos observacionales.

Hemos hablado justificadamente de indeterminación estimulativa de la ontología de sentido común porque ontologías alternativas se ajustarían igualmente bien a toda estimulación sensorial posible. Se dijo que la física está evidencialmente indeterminada porque teorías empírica y metodológicamente equivalentes pueden ser lógicamente diversas. Hemos hablado también de *indeterminación evidencial de la traducción radical* porque un traductor podría rechazar como inadecuado el manual de traducción elaborado por un colega, y viceversa, y aun así ambos manuales podrían concordar igualmente bien con toda la conducta observable de los extranjeros y poseer, además, un nivel similar de complejidad. Las tres indeterminaciones son empíricas, aunque en dos sentidos distintos. La indeterminación de la física y de la traducción lo son respecto a la conducta observable de objetos macroscópicos. La que llamo indeterminación sensorial o estimulativa es indeterminación respecto a la estimulación de los receptores sensoriales, observable o no a simple vista.

4. La doctrina del conductismo semántico

Si la indeterminación empírica fuese la última palabra sobre traducción radical, la actitud que de manera casi obligada habríamos de asumir habría de ser escéptica. Los extranjeros tendrían un aparato de la referencia y una ontología de sentido común, es decir, un sistema semántico, y tal vez una teoría física, que nosotros nunca conoceríamos determinadamente.

Este escepticismo implica la falsedad del mito de un museo (véase «La relatividad ontológica», pp. 44-46) universal, un repertorio único de significados y referencias en el que solamente cambian los rótulos correspondientes cuando cambiamos de lenguaje, pero por el contrario implica la existencia de museos parroquiales, intralingüísticos.

Según este modo de ver las cosas, todos los hablantes de una lengua comparten el mismo sistema de coordenadas semánticas. «Gavagai», por ejemplo, refiere a conejos para todos los hablantes de la lengua de la jungla o para todos ellos refiere a estadios temporales de conejos. Una de las tareas principales de la semántica sería el estudio de tales sistemas referenciales, es decir, de la interpretación que los hablantes de una lengua hacen de sus signos. Dado que la interpretación de unos signos no está en ellos mismos, la primera tarea de la semántica sería la de descubrir el ám-

bito donde se producen los hechos que constituyen o, al menos, reflejan esa interpretación; tal vez la conducta verbal y no verbal de los hablantes, tal vez sus mentes.

Por medio de las preguntas apropiadas podemos determinar, dentro de una lengua, la extensión espacial y temporal, para un individuo, de los objetos denotados por un término, sobre el supuesto, que es precisamente el supuesto fundamental del escepticismo semántico, de un aparato de la referencia compartido por el sujeto interrogado y nosotros. Pero es obvio que en el caso de lenguas radicalmente ajenas no hay tal comunidad de partículas individuativas. Ya vimos que este hecho y la indeterminación empírica de la ontología de sentido común estaban en la raíz de la indeterminación de la traducción.

Al contrario que en la realidad física, de la cual no hay razones para pensar que posea una estructura propia y única al margen de cualquier teoría, las creencias extranjeras tendrían una realidad al margen de cualquier manual de traducción, poseyendo para nosotros un carácter nouménico.

La mayoría de las páginas en las que Quine argumenta la indeterminación de la traducción (especialmente, las secciones 6 a 15 de *Palabra y objeto* y «La relatividad ontológica») son compatibles con el escepticismo traductivo; y, sin embargo, Quine no es un escéptico. Esto puede comprobarse con la lectura de los pasajes en los que se comparan física y traducción y aquellos en los que se alude a la naturaleza del lenguaje. Los primeros contienen diversas variantes de la idea de que mientras que la física, pese a su indeterminación empírica, se ocupa de algo objetivo, las hipótesis analíticas contenidas en los manuales de traducción no se ocupan de nada real. Los segundos contienen diversas variantes de la idea de que el lenguaje es conducta solamente. Para decirlo gráficamente, todos esos pasajes coinciden en que las micropartículas de la física existen pero no los significados ni las referencias.

De estas tesis nos vamos a ocupar con detalle pero antes conviene tener respuesta, aunque sea provisional, a estas dos cuestiones: ¿por qué hay tantos pasajes quineanos compatibles con la posición escéptica? y ¿qué razones han podido mover a Quine para adoptar una posición que puede ser calificada de nihilismo semántico? La clave de la respuesta a la primera pregunta está en que la argumentación contenida en el capítulo 2 de *Palabra y objeto* y en «La relatividad ontológica» en torno al fundamental ejemplo de "gavagai" es una argumentación estrictamente evidencial, y, por tanto, escéptica, que para nada depende de que el significado o la referencia tengan o no una existencia neurológica o de otro tipo. Es verdad que en «La relatividad ontológica» el argumento en defensa de la indeterminación comienza de manera que parece que va a girar alrededor del nihilismo semántico (lo que Quine llama «visión naturalista del lenguaje» y que yo, en atención a que el carácter de este naturalismo tiene poco que

ver con el del naturalismo epistemológico que Quine defiende en relación con la física, prefiero llamar conductismo lingüístico), pero la realidad es que, como Quine reconoce, el argumento «depende del hecho de que un conejo completo está presente cuando y solamente cuando una parte no separada de un conejo está presente» (p. 48). Depende de eso y de la indeterminación de la traducción de las partículas del aparato de la referencia. Cuando, después de reconocer que sobre esos supuestos, que son los de la indeterminación empírica de la traducción, sería imposible saber cuál es la correcta de dos traducciones empíricamente equivalentes y semánticamente incompatibles, se añade que si se considera el lenguaje de modo naturalista, la misma idea de corrección o incorrección es absurda (p. 47), lo que se está haciendo es sobreponer a la tesis de la indeterminación la tesis del conductismo lingüístico, y no establecer una relación causal entre ambas.

Verdaderamente, y pasamos a contestar la segunda cuestión, parece, al menos a primera vista, que la ausencia o presencia de una materia objetiva guarda poca relación con la indeterminación de la traducción. En primer lugar, es obvio que si la traducción está empírica y metodológicamente indeterminada, la ausencia de materia objetiva no es condición necesaria de aquella. En segundo lugar, nadie, que yo sepa, ha intentado probar que sea condición suficiente y, desde luego, no va de suyo que lo sea.

Lo indeterminado en esta materia es, ante todo, el discurso traductivo, es decir, los manuales de traducción, y, como consecuencia, la traducción misma del discurso extranjero. Es verdad que el discurso traductivo procede como si hubiera esquemas semánticos compartidos, pero seguiría adelante, al igual que la traducción misma, aunque no los hubiera. Si ocurriera esto último, ese discurso tendría un carácter meramente instrumental. Supongamos que hubiera una diferencia estimulativa entre un conejo y n estadios temporales de conejo. En este caso habría un *fact of the matter* empírico y la traducción no estaría indeterminada en principio; pero ello no depende, de nuevo, de la existencia o inexistencia de una materia semántica objetiva.

De lo dicho parece desprenderse que si la traducción se desliza, por las razones indicadas, hacia una indeterminación evidencial, es indiferente que los extranjeros tengan o no en sus mentes cosas tales como significados o sistemas de coordenadas referenciales. Desde este punto de vista se llegaría a la conclusión de que el único interés de Quine en todo esto es, precisamente, introducir en escena su doctrina sobre el lenguaje. Pero sería un error; seguramente, esta es la finalidad principal pero, desde luego, no es la única.

Admitamos que la traducción está indeterminada respecto a toda la conducta observable de los extranjeros. Admitamos también que la ausencia de materia objetiva en el sentido indicado no es condición necesaria ni suficiente de tal indeterminación. Pero supongamos que algún día

se descubrieran ciertas correlaciones entre expresiones verbales y estados neurológicos de manera que, por ejemplo, quedara comprobado que «conejo» y «estadio temporal de conejo» están asociadas con estados neurológicos diferentes. Sobre esta base parece abrirse una vía de solución a la indeterminación: aunque la traducción esté indeterminada por los eventos observables, tal vez no lo esté frente a los eventos microfísicos que tienen lugar en el cerebro.

Ahora bien, la última formulación del conductismo, la fisicalista, afirma que las entidades semánticas también carecen de realidad microfísica. Visto desde la perspectiva de la traducción: dos manuales de traducción incompatibles entre sí pueden conformarse igualmente bien a todo evento microfísico, incluidos los que tienen lugar en los cerebros de los hablantes («Facts of the matter», p. 167; «Things and their place in theories», p. 23). Es evidente, pues, que el conductismo lo que hace es negar la viabilidad de superar la indeterminación empírica u observacional mediante el paso a un terreno neurológico, y lo hace afirmando que más allá de la indeterminación empírica hay una indeterminación física. Ahora podemos responder la segunda pregunta que habíamos formulado: la ausencia de materia objetiva, el nihilismo semántico, es irrelevante para la indeterminación empírica pero no para la indeterminación física de la traducción.

Se pueden distinguir tres etapas en la formulación de la doctrina de la ausencia de materia objetiva en la traducción y en toda hipótesis sobre estructuras semánticas no observables; y hay tres textos en los que aquellas aparecen representadas paradigmáticamente: la sección 16 de *Palabra y objeto*, las cinco primeras páginas de «La relatividad ontológica» y «Facts of the matter». Esto no quiere decir que esas etapas sean compartimentos estancos y tampoco que no haya otros escritos importantes para la cuestión.

En la sección 16 de *Palabra y objeto* la doctrina es presentada en el marco de la traducción radical: «ni siquiera hay [...] una materia objetiva respecto de la cual la hipótesis [analítica] pudiera ser acertada o desacertada» (p. 86). Por esta razón, para Quine las analíticas no son hipótesis genuinas.

Las consideraciones de Quine que pueden ser contadas como argumentos en favor de la doctrina comparten un núcleo común: la posibilidad de que hablantes que coinciden en todas las disposiciones al comportamiento verbal alcancen esa conformidad por medios muy diferentes. He aquí un pasaje en esa línea en el que, además, se comprueba que el alcance de la doctrina va más allá de la traducción:

El hecho correspondiente tratándose de niños castellanos es que dos de ellos pueden conseguir un dominio idéntico de la lengua a través de procesos muy diversos de asociación y ajuste por tanteo de los varios adjetivos y partículas interdependientes en los que se basa el expediente de la referencia dividida.

O bien, por volver a la hipótesis de las conexiones nerviosas [...], el idéntico dominio del castellano por parte de los dos niños puede ser la manifestación externa de esquemas muy diversos de conexión nerviosa. (op. cit., p. 106).

Esta es la razón por la que Quine critica el hecho de que «todo el mundo está dispuesto a admitir que si dos hablantes coinciden en todas las disposiciones al comportamiento lingüístico, no tiene sentido imaginar diferencias semánticas entre ellos» (op. cit., p. 92).

En la segunda etapa la doctrina toma unas veces una forma específicamente conductista:

La semántica está viciada por un mentalismo pernicioso en la medida en que consideramos la semántica de un hombre como algo determinado en su mente más allá de lo que pueda estar implícito en sus disposiciones a una conducta manifiesta. («La relatividad ontológica», pp. 44-45)

Otras veces es expresada de manera plástica a través de la crítica al mito del museo.

La argumentación puesta ahora en juego sigue una línea distinta de la seguida en *Palabra y objeto*. Los elementos que integran el lenguaje han de ser observables o han de tener un reflejo inmediato en eventos observables, como es el caso de las disposiciones a la conducta, porque todo él es aprendiendo mediante el condicionamiento de tales elementos a estímulos sensibles. Aquí no hay lugar para entidades o relaciones teóricas, como significados o referencias:

El lenguaje es un arte social que todos adquirimos con la única evidencia de la conducta manifiesta de otras gentes en circunstancias públicamente reconocibles. Los significados, en consecuencia, aquellos auténticos modelos de entidades mentales, acabaron como grano para el molino conductista. (loc. cit., p. 43).

La misma idea es reiterada en «Naturalización de la epistemología» (pp. 107 y 108).

Ya hemos visto el matiz fisicalista (en sentido microfísico) que adquiere el conductismo lingüístico en su última fase (una fase que tiene su arranque en «Reply to Chomsky»). Un rasgo de esta versión definitiva del nihilismo es la ausencia de nuevas razones en favor de la doctrina.

Hay, por otra parte, una antigua veta argumental que debe ser alineada junto con las ya expuestas. Se trata de la que, señalando la inexistencia de una noción clara de sinonimia, arroja una sombra de desconfianza sobre las entidades intensionales. De todas maneras, no debe perderse de vista que la doctrina de la ausencia de materia objetiva afecta por igual al significado y a la referencia («La relatividad ontológica», pp. 44 y 53), noción esta última que Quine nunca ha criticado, directamente al menos. Cuando él dice que es un error imaginar la semántica de una persona

como algo determinado en su mente más allá de sus disposiciones a la conducta observable, no distingue entre semántica intensional y extensional. El museo sigue siendo igualmente mítico aunque cambiemos los significados por los objetos denotados.

Tal vez no sea completamente ocioso insistir una vez más en que la doctrina, aunque expuesta casi siempre en el marco de la traducción radical, es una doctrina general sobre el lenguaje. Para Quine, las relaciones de comunicación lingüística entre individuos de un mismo grupo idiomático son, en realidad, relaciones de traducción. Es más, dentro del castellano podemos indistintamente imputar a un interlocutor sistemas semánticos completamente diferentes sin que ningún evento observable o microfísico, conocido o desconocido, pueda discriminar entre ellos. Esta es la inescrutabilidad en casa.

La presentación de sus distintas formulaciones no basta para obtener un perfil medianamente aceptable del conductismo. Terminó este apartado con unas palabras complementarias.

La doctrina implica la falsedad de la hipótesis de que todos los hablantes de una lengua comparten un único marco conceptual. Esa es la razón de llamarla nihilismo semántico. Lo único que los hablantes tendrían en común sería el conjunto de los significados estimulativos, los cuales poseen contrapartidas experienciales claramente aislables y definibles en términos observacionales. Ahora bien, la inexistencia de un sistema semántico compartido puede ser debida bien a que cada hablante posea su sistema particular, bien a que no haya sistemas semánticos, significados y referencias, en absoluto, es decir, ni compartidos ni particulares. La primera modalidad puede ser llamada nihilismo idiosincrásico y la segunda, nihilismo absoluto.

Aparentemente al menos, Quine no se decanta en una u otra dirección. En sus escritos conviven las formulaciones idiosincrásicas con las absolutas. En general, y de conformidad con la naturaleza de los argumentos puestos en juego, en *Palabra y objeto* predomina el primer enfoque mientras que en «La relatividad ontológica» y en «Naturalización de la epistemología» predomina el segundo. Un ejemplo de la versión idiosincrásica se encuentra en el comienzo del capítulo 2 de *Palabra y objeto*:

En este capítulo vamos a considerar qué parte del lenguaje puede recibir sentido contemplándola sobre la base de las condiciones de estimulación, y qué ámbito deja esa parte a otra en la cual se desarrolla la variación empíricamente incondicionada del esquema conceptual de cada cual. (p. 39; otros pasajes idiosincrásicos aparecen en las pp. 92 y 106).

Las formulaciones de «La relatividad ontológica» son nihilistas en sentido absoluto. No se trata de que tal vez nunca podamos conocer el sistema de coordenadas semánticas que un hombre tiene en su mente, no se trata

de que no tengamos acceso a su museo privado, se trata de que no hay ningún museo.

Ya he sugerido que la conexión de una u otra versión del nihilismo con unos escritos u otros debe ser entendida en un sentido de predominancia, no de exclusividad. He aquí un pasaje de *Palabra y objeto* de evidente carácter absoluto:

La discontinuidad de la traducción radical pone a prueba nuestras significaciones, las contrapone en verdad a sus corporeizaciones verbales o, más definitivamente, no encuentra nada en estas (p. 89).

Yo no he encontrado en los escritos quineanos datos que revelen una inclinación por una u otra clase de nihilismo. Y en realidad las consecuencias prácticas de ambos serían las mismas. Tan cortado está el camino hacia una semántica que vaya más allá de los significados estimulativos por no haber significados y referencias en absoluto, como por poseer cada hablante los suyos, los cuales, además, estarían sujetos a indeterminación.

También la capacidad de ambas versiones para resolver ciertas dificultades o para encajar con otras partes de la filosofía del lenguaje de Quine es similar. Al menos a primera vista, la hipótesis conductista parece falsa. Por un lado, repárese de nuevo en que desde el punto de vista observacional el discurso emitido por un hablante es una serie de signos que no posee en sí misma la interpretación de aquellos (el metalenguaje que habla de la interpretación de los signos del lenguaje objeto es, a su vez, un conjunto de filas de signos que no incorporan su propia interpretación). Por otro lado, sin prejuzgar si algún día una teoría causal será capaz de explicar y, sobre todo, determinar la referencia en términos de relaciones físicas entre los hablantes y los objetos referidos, hoy por hoy la tesis de la indeterminación de la traducción nos dice que la referencia es indeterminable en función de la conducta. Entonces, si la interpretación de los signos no está en ellos mismos ni en la conducta observable de los hablantes, parece razonable concluir que ha de estar en la mente de estos últimos, verosímelmente a través de ciertas estructuras neurológicas. Pero esta conclusión está en abierta contradicción con la idea de Dewey, y suscrita por Quine, de que el significado, y lo mismo vale para la referencia, es una propiedad de la conducta. La respuesta desde la perspectiva idiosincrásica es que la interpretación de los signos es asunto de cada cual. Habría que hablar, por tanto, de una multiplicidad de interpretaciones (es significativo que en una ocasión Quine utilice el término «idiolect» [«Ontological relativity», p. 46]). Ahora bien, dado que no hay ciencia de lo particular, eso quiere decir que los únicos significados por los que debe interesarse la semántica son los estimulativos; y de estos sí se puede decir que son una propiedad de la conducta.

En este punto se suscita un interrogante. Nuestro discurso sobre denotaciones, condiciones de verdad y significados tiene como supuesto tácito

la existencia de un marco conceptual último compartido por los hablantes de una lengua y proporcionado, justamente, por esta última. Entonces ¿qué sentido tiene ese discurso desde la perspectiva de que cada cual tiene su propio marco, por no hablar de la que niega la existencia de marco alguno? Aunque Quine nunca ha dicho nada al respecto, parece que no queda otra salida que el instrumentalismo. Nuestro discurso sobre referencias, significados y demás nociones semánticas es un discurso útil para la comunicación pero carece él mismo de carácter referencial; no habla de objetos realmente existentes.

El nihilismo idiosincrásico parece estar en contradicción con la reiterada afirmación de «La relatividad ontológica» de que no hay lenguaje privado. Si un lenguaje no es sólo una serie de filas de signos construidas de conformidad con ciertas reglas sintácticas sino unas filas de signos interpretados, entonces cada hablante tiene en principio su propio lenguaje. Pero al conductismo no le resulta difícil eliminar la contradicción. Para ello le basta considerar el lenguaje, precisamente, como un conjunto de signos sin interpretar, al menos por lo que se refiere a los términos generales y a los signos del aparato de la referencia. La única interpretación compartida es la que versa sobre los valores de verdad de las oraciones observacionales globalmente consideradas y sobre las conectivas lógicas. Lo que interesa de una calculadora es que dé 20 como resultado de sumar 5 y 15, y no si calcula en base dos, diez u otra cualquiera. Lo que interesa en el lenguaje es la conformidad externa; que en circunstancias normales cada hablante oiga «sí» y «no» cuando espera oír «sí» y «no».

La primacía de lo observable puede apreciarse bien en el tema de las creencias. Parece, por un lado, que si no hay ningún esquema semántico compartido, ni siquiera a nivel de las partículas del aparato de la referencia y de los términos observacionales, resulta lógico concluir que, en general, carece de sentido hablar de las creencias que ciertos conjuntos de personas puedan tener. Por otro lado, Quine no niega que la gente tenga creencias. Sin embargo, creo que se puede salvar la dificultad. Seguramente, Quine entiende por creencia una disposición a la conducta: *x* cree *A* si y sólo si está dispuesto a asentir cuando se le pregunta *A*. Ahora bien, es posible asentir de buena fe en virtud de factores semánticos muy diferentes, porque *A* puede ser creída verdadera en base a interpretaciones diversas de los signos de *A*. Los hablantes de una lengua pueden tener las mismas disposiciones a la conducta y diferentes esquemas referenciales; *x* y *z* pueden tener la misma disposición a asentir a «todos los *S* son *P*» y, no obstante, interpretar de manera distinta «*S*», «*P*» e, incluso, «todos».

Lo mismo ocurre con la comprensión de una oración. En «Mind and verbal dispositions» se sostiene que es más claro hablar de la comprensión de una oración que de su significado. Alguien comprende una oración si conoce sus condiciones de verdad, y conoce estas si posee la disposición a asentir o disentir de la misma, con verdad, en las condiciones apropiadas.

Alguien, por tanto, comprende «esto es rojo» si asiente a ella en presencia de algo rojo y disiente en ausencia de rojo. Pero supongamos que para saber si alguien comprende una cierta oración no observacional, por ejemplo, una oración categórica universal, le preguntamos sobre sus condiciones de verdad. Pues bien, podríamos concluir a partir de sus respuestas que las conoce perfectamente y, aún así, las condiciones de verdad, para él, de esa oración pueden ser diferentes de las condiciones de verdad de la misma, para nosotros. Así pues, la afirmación de Quine debe ser entendida como diciendo que un hombre comprende una oración en la medida en que conoce alguno de los posibles conjuntos de condiciones que la hacen verdadera.

Así, al menos, serían las cosas desde la perspectiva del nihilismo idiosincrásico. Según el nihilismo absoluto, la conformidad externa es lograda en parte mediante el condicionamiento de disposiciones a la conducta, y en parte en virtud de mecanismos neurológicos aún desconocidos pero que, en cualquier caso, nada tienen que ver con significados ni referencias.

5. Crítica del conductismo semántico

Como hemos visto, hay dos maneras de argumentar la doctrina de la ausencia de materia objetiva. La primera, a cuyo análisis ha estado dedicada la mayor parte de la sección anterior, va encaminada a mostrar la inexistencia de marcos semánticos compartidos por los hablantes de una lengua. Como se recordará, esta línea consta, esencialmente, de dos argumentos: i) la posibilidad de que hablantes que coinciden en todas las disposiciones a la conducta alcancen esa conformidad mediante procesos y estructuras neurológicas diferentes (con lo que quedaría bloqueada la posibilidad de explicar el significado y la referencia en términos físicos o psicofisiológicos); ii) dado que el aprendizaje del lenguaje es puramente inductivo, el lenguaje mismo no puede ir más allá de las disposiciones a la conducta inducidas.

Michael Friedman, en «Physicalism and the indeterminacy of translation», crítica i) alegando, substancialmente, que una mera posibilidad no es la prueba de un hecho (p. 368); y opone a ii) lo siguiente:

Aprendemos el lenguaje a partir de la conducta observable de otras personas y aprendemos hechos sobre los electrones a partir de la conducta de los objetos observables ordinarios. En ninguno de los dos casos lo primero está epistémicamente (aún menos, ontológicamente) determinado por lo segundo (p. 336).

Creo que la crítica de Friedman es justa. Ello me permite pasar adelante. La segunda línea de argumentación es menos directa: no habría materia objetiva en la semántica porque aquella habría de estar constituida por

elementos intensionales como el significado y la sinonimia, y éstos no deben ser admitidos como objetos y relaciones de la ciencia.

Las nociones intensionales pueden ser dadas de lado por su resistencia a dejarse definir en términos observacionales. En «Quine, los conceptos intensionales y la lógica del lenguaje ordinario» y en «Sobre el argumento de la indeterminación de la traducción» Raúl Orayen ha criticado la tendencia, presente en algunos pasajes de *Palabra y objeto*, a exigir definiciones operacionales de las nociones intensionales (tendencia contraria a la posición mantenida por Quine en relación con las nociones teóricas de la física). También su crítica me parece justa.

Ahora bien, Quine podría añadir que los motivos que tiene para rechazar las nociones intensionales van más allá de la ausencia de criterios operacionales y, de hecho, esto es lo que hizo en su «Respuesta a Orayen». Tras reconocer que un término teórico debe ser admitido en la ciencia «si permite construir un eslabón en explicaciones causales plausibles, aun cuando sean sutiles los criterios para aplicarlo» (p. 73), advierte que «[l]a dificultad que presentan la analiticidad y la sinonimia consiste en que no permiten construir tales vínculos explicativos, para compensar la escasez de criterios conductísticos para su uso» (ibídem).

En las páginas que restan procuraré, fundamentalmente, hacer ver que nociones semánticas como las de significado y referencia sí intervienen en la construcción de explicaciones causales. Sobre esta base sostendré que el nihilismo semántico es una doctrina poco convincente desde la perspectiva de una concepción pragmática de la evidencia y de lo real, e insistiré en algo que ya ha sido señalado con anterioridad (por ejemplo, por Hockney, en «The bifurcation of scientific theories and indeterminacy of translation»): que esta doctrina es incongruente con la filosofía de la ciencia de Quine. Finalmente, relacionaré mis conclusiones con la indeterminación evidencial de la física.

Antes que nada, formularé dos advertencias previas. La doctrina de la inexistencia de materia objetiva es más fuerte que la del rechazo de las nociones intensionales porque, junto a estas, incluye a la referencia. Por otra parte, la razón por la que, al hablar en este trabajo de sistemas semánticos, no se ha hecho distinción entre nociones extensionales e intensionales es, justamente, que el nihilismo semántico no distingue entre ellas. Además, la cuestión de si las consideraciones aquí contenidas valdrían, tal vez, para las primeras pero no para las segundas es algo que depende de la clarificación de la noción de significado y esto es, evidentemente, un tema abierto.

El primer paso para argumentar la tesis fundamental será poner de relieve que las hipótesis analíticas no son reducibles a descripciones de, o hipótesis sobre, disposiciones a la conducta verbal. Para apreciar la verdad de la afirmación es conveniente volver la mirada hacia el origen de la indeterminación de la traducción tal y como ha sido expuesto en la sección ter-

cera. En la adopción de un marco referencial hay un ingrediente teórico no determinado por la experiencia. Esta indeterminación es lo que permite que imputaciones de esquemas referenciales diferentes puedan ser igualmente compatibles con la conducta observable de los extranjeros o, dicho de otra manera, que sistemas diferentes de hipótesis analíticas puedan ser igualmente compatibles con las disposiciones de los extranjeros a la conducta verbal y no verbal. La razón es clara: las hipótesis analíticas versan, precisamente, sobre aquel ingrediente teórico.

Acabamos de ver que no hay una relación biunívoca entre hipótesis analíticas y disposiciones a la conducta pero importa advertir que ni aun en el caso de que la hubiera se habría avanzado mucho en la dirección de un reduccionismo conductista, porque es imposible definir en términos observacionales las disposiciones a la conducta correspondiente a un gran número de oraciones. Al final de 4, vimos que, para Quine, alguien comprende un enunciado si tiene la disposición, algo no directamente observable, a asentir a él en las circunstancias adecuadas y a disentir en ausencia de las mismas. Esto funciona bien para «esto es rojo» o cualquier otro enunciado observacional pero no para otros enunciados. La definición de una disposición es, en realidad, la descripción de un test: un objeto, o una sustancia, tiene una cierta disposición si, sometido a tal y tal manipulación, se comporta de tal y cual modo. Es sencillo describir el test apropiado para el caso de la solubilidad en agua y también para la disposición a asentir a «esto es rojo», pero es imposible hacerlo para enunciados fijos porque, al ser verdaderos, o falsos, en cualesquiera circunstancias, la disposición a afirmarlos, o negarlos, no puede ser ligada a ningún tipo específico de condiciones observables. Y ocurre lo mismo con oraciones ocasionales como «ahí está mi padre» o «esto es un lisosoma»: estas oraciones pueden ser afirmadas ante conjuntos tan diversos de circunstancias observables que resulta imposible fijar los tests que definan las disposiciones correspondientes.

Esta situación es reconocida por Quine. En *Word and object* ya se decía que «lo más notable de las hipótesis analíticas es que rebasan todo lo implícito en las disposiciones de cualquier indígena a la conducta verbal» (p. 70). En «Mind and verbal dispositions» se sacan las oportunas conclusiones:

En general, cuando se trata de sentencias fijas, yo no sé cómo acercanos a la noción de comprensión en términos de disposiciones a la conducta. Quizás no se pueda hacer tomando las oraciones una a una (p. 89).

En ese mismo trabajo Quine aventura la hipótesis de que en el futuro el análisis semántico de estas oraciones en términos conductistas se ocupará ante todo de las interrelaciones de unas con otras. Dado que no adelanta nada sobre las líneas a lo largo de las cuales discurriría tal análisis, no

insistiré en la cuestión. Sólo diré que, en mi opinión (que expongo en «La indeterminación de la traducción de teorías»), una oración teórica aislada, aunque carece de significado empírico, sí posee un significado analógico propio.

La irreducibilidad de las hipótesis analíticas a descripciones de disposiciones a la conducta es paralela a la irreducibilidad del lenguaje teórico a lenguaje observacional y queda plasmada en el hecho de que los manuales de traducción no son colecciones de descripciones de ese género. Y lo mismo ocurre en la comunicación intralingüística: los diccionarios de una lengua no son colecciones de disposiciones a la conducta sino, más bien, de homólogos intralingüísticos de las hipótesis analíticas.

El segundo paso de mi argumento consiste en poner de manifiesto que las hipótesis analíticas son imprescindibles para cualquier género de comunicación que queramos establecer con los hablantes de otras lenguas. Este es un punto que Quine admite abiertamente. En la sección 15 de *Palabra y objeto* tales hipótesis son el medio para hacer progresar la traducción más allá del colapso al que se vería abocada si el único instrumento puesto en juego fuera el constituido por los significados estimulativos. En la sección siguiente todo ello queda resumido en una reveladora frase: «[!] la traducción radical completa procede entonces, y las hipótesis analíticas son indispensables» (p. 88).

Dejando a un lado el reconocimiento de Quine, resulta significativo que en siglos de práctica traductiva lo único que se nos haya ocurrido sea este procedimiento.

En mi opinión, ni en el ámbito de la traducción ni en el intralingüístico el instrumento de las disposiciones a la conducta es suficiente para explicar la comunicación verbal. Las disposiciones tienen como objetos oraciones, no términos, como es puesto de relieve por el hecho de que el expediente clave para su fijación sea el asentimiento y el disentimiento; esto quiere decir que la predicción de la conducta verbal de nuestros interlocutores sobre la base de tales disposiciones exigiría que cada uno de nosotros conociera un número infinito de las mismas. Pienso que lo que ocurre es, más bien, que predecimos el valor de verdad que nuestro interlocutor le concede a cualquiera de las infinitas oraciones de la lengua por medio de hipótesis sobre el significado y la referencia que le concede a un número finito de palabras.

Es verdad que, dado, por ejemplo, un condicional generalizado, podemos interrogar repetidamente a un interlocutor sobre algunos de los condicionales que son sus instancias de sustitución y, si sus respuestas siempre son afirmativas, podemos suponer razonablemente que cree verdadera la generalización. Así pues, parece que estamos en presencia de un procedimiento puramente inductivo que hace innecesario el uso de hipótesis semánticas de carácter más teórico. Pero el procedimiento no es bueno. En primer lugar, no es capaz de distinguir entre cuantificación sustitucional y

objetual; en segundo lugar, no valdría para las oraciones ocasionales; y, por último, el método más que para predecir un hecho sirve para describirlo una vez que ha ocurrido.

Por todo lo dicho, es razonable pensar que lo que ocurre realmente es que mediante nuestras hipótesis analíticas, el conjunto de las cuales constituye la hipótesis general sobre el esquema semántico de nuestros interlocutores, conjeturamos sus disposiciones a la conducta lingüística.

El último paso es una inferencia muy simple. Si las hipótesis analíticas son indispensables y, además, no son reducibles a hipótesis sobre disposiciones a la conducta, es claro que forman parte ineliminable de un mecanismo teórico encaminado a explicar y predecir la conducta de los extranjeros (algo similar cabe decir de sus homólogos intralingüísticos).

Es fácil apreciar la incompatibilidad que, desde un punto de vista pragmático, hay entre esta conclusión y la doctrina de la ausencia de materia objetiva. De todas maneras, en lo que sigue se alcanzará una comprensión más detallada de este punto.

Paso ahora a razonar la afirmación de que la postura que Quine ha adoptado hacia el lenguaje no es congruente con la que muestra hacia la ciencia natural.

A este propósito, interesa tener presente el realismo de Quine; un realismo cuyas características más destacadas son su compatibilidad con el indeterminismo epistemológico y su sectarismo de la verdad. Es real lo que una teoría verdadera afirma como real. Una teoría es verdadera cuando reúne dos requisitos: tener suficiente evidencia a su favor y ser, efectivamente, nuestra teoría.

La primera condición exige que la teoría, además de hacer predicciones confirmadas por los hechos, satisfaga una serie de valores metodológicos que la comunidad científica estima como relevantes. La variante ontológica de este pragmatismo aparece expresada con fuerza en el siguiente pasaje antiescético:

Habiendo advertido que el hombre carece de toda evidencia en favor de la existencia de cuerpos que no sea el hecho de que su asunción le ayuda a organizar la experiencia, habríamos hecho bien, en vez de negar que haya evidencia para la existencia de los mismos, en concluir: tal es, pues, en el fondo lo que la evidencia es, tanto para los cuerpos ordinarios como para las moléculas («Posits and reality», p. 238).

La misma idea es remachada poco más adelante:

Los beneficios de la doctrina molecular que tanto nos impresionaron en la sección I, y los obvios beneficios de la ancestral postulación de cuerpos ordinarios, son la mejor evidencia de realidad que podemos pedir (sin que quede excluida la existencia de evidencia del mismo género para alguna ontología alternativa) (loc. cit., pp. 238 y 239).

La segunda condición, el sectarismo de la verdad, es del todo razonable, a pesar de lo que pueda parecer a primera vista. Cuando trabajamos dentro de una teoría, es ella la que traza los perfiles del mundo y de ella nos servimos para tener un cierto dominio sobre el mismo. Es posible que pudiésemos vivir en otra casa con tanta seguridad y comodidad como en la propia, pero nuestra verdadera casa es la que realmente habitamos. Es un uso sensato de la noción de verdad declarar falsa cualquier teoría que, aunque empíricamente equivalente, sea lógicamente incompatible con la nuestra (y si mediante el procedimiento de Davidson —considerar como meramente homónimos a los términos que aparecen en los enunciados que están en contradicción, o cambiarles la grafía— eliminamos la incompatibilidad, entonces la teoría ajena adquiere un carácter ornamental o de mera curiosidad).

Yo creo que al llegar a este punto es visible la inconsistencia que pretendo poner de relieve. Los cuerpos, las moléculas y los números se han ganado el derecho a la existencia por pertenecer a la ontología de teorías, de sentido común o científicas, que contribuyen a ordenar el flujo actual y a predecir el flujo futuro de la experiencia. Sin embargo, los significados y las referencias, que forman parte insustituible de la ontología de un sistema teórico de comunicación y acuerdo sin el cual esas teorías no habrían podido desarrollarse, no pasan de ser meras ficciones. Pero esta es la cuestión: para un pragmata es contradictorio reconocer la necesidad práctica de unas entidades y, a continuación, declarar su inexistencia. Es contradictorio afirmar simultáneamente que las hipótesis analíticas son imprescindibles y que, no obstante, no versan sobre nada objetivo.

Esta manera de ver las cosas se reproduce en relación con la sintaxis. Un sistema de reglas capaz de generar la totalidad de las cadenas bien formadas de fonemas de la lengua es un sistema que se ajusta a la conducta de los hablantes y la explica, pero, según Quine, el hecho de que sean posibles sistemas diferentes de reglas que, sin embargo, generan el mismo conjunto de oraciones le quita todo sentido a afirmar que los hablantes están guiados, aunque inconscientemente, por dicho sistema. Pensar otra cosa sería tanto como «suponer que el nativo otorga sus favores a uno frente a otro de dos sistemas extensionalmente equivalentes» («Reflexiones metodológicas sobre la teoría lingüística actual», p. 124).

En la física la posibilidad de sistemas alternativos al nuestro lleva a Quine a rechazar la pretensión del realismo metafísico de que lo real posee una estructura propia al margen de toda teoría, pero no le lleva a negarle una materia objetiva, ni tampoco a preguntarse si es que acaso la naturaleza otorga sus favores a uno de varios sistemas físicos empíricamente equivalentes. Yo no veo la razón para que la indeterminación empírica de los sistemas teóricos lleve en el caso de la física a un realismo constructivista (existencia de materia objetiva) y, por tanto, a un sectarismo de la verdad, y

en el caso de la lingüística lleve al instrumentalismo (ausencia de materia objetiva).

El corolario metodológico de esta posición de Quine es que, mientras que el método de la ciencia es el hipotético-deductivo, el método de la semántica ha de ser, según él, el estudio de las disposiciones a la conducta, es decir, la inducción empírica (véase, «Existencia y cuantificación», p. 137).

Confío en que las consideraciones llevadas a cabo en este apartado hayan contribuido a hacer plausible la tesis de que los hablantes de una lengua comparten un mismo marco referencial. El sistema de las hipótesis analíticas y el de sus homólogos intralingüísticos suponen la existencia de tales marcos compartidos. A su vez, tales sistemas, junto con los de la ciencia natural, forman parte de una estructura teórica de la que nos valemos para organizar el flujo de la experiencia.

Contra el nihilismo idiosincrásico se puede añadir una razón suplementaria de carácter metodológico. La hipótesis de la idiosincrasia semántica implicaría la necesidad de toda una serie de ajustes compensatorios entre la ontología y el aparato de la referencia en el seno del idiolecto de cada cual al objeto de conformar la conducta a la de los demás hablantes tan perfectamente como si no hubiera ninguna diferencia semántica entre ellos. Ahora bien, la complejidad de esos ajustes sería de un grado tal que obligaría a suponer en cada uno de los usuarios de la lengua una creatividad ontológica increíble y una inteligencia sobrehumana. Resulta evidente que la hipótesis de la homofonía, que es un corolario de la hipótesis del sistema semántico compartido, es la más simple.

También parece que la consideración genética es contraria al nihilismo. Es atractivo pensar que una evolución común debe haber conducido a los miembros de un grupo social a un esquema conceptual común. Pero en realidad una reflexión de este género contribuye más a suscitar problemas que a resolverlos. En concreto, la hipótesis del marco semántico compartido abre un interrogante acerca del aprendizaje del lenguaje: ¿cómo es posible que, de niños, aprendamos un sistema semántico que no está en la conducta observable de los adultos? Dicho de otra manera, ¿cómo es posible que, más allá de la inducción, cada niño sea capaz de desarrollar un tal sistema de hipótesis teóricas y hacerlo en la misma dirección que los demás niños? Claro está que aún más asombroso sería que cada uno desarrollase un sistema diferente y, además, nunca se notasen las diferencias.

Para terminar, dirijamos una última mirada a las relaciones entre física, semántica intralingüística y traducción. La primera consideración a hacer va de suyo: dado que la doctrina de la diferencia entre física y traducción se sustenta directamente en el nihilismo semántico, es obvio que las críticas a este último son críticas a dicha doctrina. La hipótesis de un sistema semántico compartido por los hablantes de una lengua, hipótesis que supone la existencia de museos semánticos parroquiales, autoriza a

entender las gramáticas y los diccionarios de nuestra lengua como descripciones, mejores o peores, naturalmente, de algo real, de manera similar a como entendemos que las teorías físicas describen, mejor o peor, la realidad física. Los hablantes de una lengua radicalmente extranjera también poseerán su museo semántico, pero esto no elimina la indeterminación empírica a la que está sometida la traducción de su discurso. En la traducción no podemos afirmar que una vez seleccionado un sistema de hipótesis analíticas éste describe el marco referencial de los extranjeros o que defina el significado de sus términos. En esto consistía el escepticismo traductivo y esto es lo que ahora nos hace ver que desde un punto de vista epistemológico lo que diferencia a la física y a la semántica intralingüística de la traducción radical es que en las dos primeras podemos, razonablemente, ser realistas, mientras que en la última lo razonable es ser escépticos y, por tanto, instrumentalistas.

¿Hay base para mantener alguna esperanza de que en el futuro encontremos la manera de desbloquear la indeterminación de la traducción? Ahora somos escépticos porque no hemos encontrado en la conducta ni en el cerebro nada que pueda servir para determinar cuál de entre varios manuales de traducción es el correcto. Reflexionemos una vez más sobre la indeterminación empírica y física de la traducción.

Ya se dijo que no es descartable a priori que descubramos algún día la manera de conectar ciertas pautas de conducta con ciertos objetos. No obstante, cuando pienso en lo que, al menos hoy por hoy, parecen ser los datos del problema, no encuentro motivos para el optimismo. Porque, para decirlo con una imagen, no se trata, seguramente, de que un grupo social en los albores de su desarrollo como animales hablantes conceptualizara de cierta forma la realidad que encontraba frente a sí y, después, actuara de acuerdo con ese esquema conceptual; de manera que si el esquema adoptado hubiera sido distinto, también la conducta de los individuos del grupo hubiera sido otra. Más bien debemos pensar que desde el comienzo la conceptualización incluía como objeto la conducta misma. Lo sometido a conceptualización sería una doble acción, la de los individuos sobre la naturaleza y la de ésta sobre los individuos. Por lo demás, dado que un conjunto de expresiones admite interpretaciones varias, es evidente que una consideración específica de la conducta verbal no resuelva nada. Pero si una *misma* conducta puede ser conceptualizada de formas diversas es claro que la conceptualización contiene un elemento teórico, postulatorio, que está más allá de esa conducta. Dicho de otra manera, la conceptualización no es función de la conducta; y eso es la indeterminación empírica de la traducción.

No soy mucho más optimista respecto a una posible determinación física o psicofisiológica. Todo intento, en esta línea, de discriminar entre traducciones observacionalmente equivalente aunque semánticamente incompatibles deberá apoyarse en la previa fijación, dentro de la lengua del

traductor radical, de una matriz última de átomos semánticos, intensionales o extensionales, de cada uno de los cuales deberá conocerse el correlato neurológico. Pero aunque eso se lograra, y quedara establecida la constancia de la conexión de «conejo» con un estado neurológico y la de «estadio temporal de conejo» con otro estado distinto, no por ello estaría garantizado que esa matriz fuera universal ni tampoco que en otras lenguas y otros cerebros las correlaciones fueran las mismas. Por tanto, los resultados obtenidos en la lengua del traductor no serían extrapolables a la lengua de los extranjeros.

BIBLIOGRAFIA

- FRIEDMAN, M.: «Physicalism and the indeterminacy of translation», *NOUS*, 9, 1975.
- HOCKNEY, D.: «The bifurcation of scientific theories and indeterminacy of translation», *Philosophy of science*, 42, 1975.
- ORAYEN, R.: «Quine, los conceptos intensionales y la lógica del lenguaje ordinario», *Análisis Filosófico II*, 1982.
- «Sobre el argumento de la indeterminación de la traducción», en J. J. Acero y T. Calvo Martínez, Eds., *Symposium Quine*, Universidad de Granada, Granada, 1987.
- PÉREZ FUSTEGUERAS, A.: «La indeterminación de la traducción de teorías», en J. J. Acero y T. Calvo Martínez, Eds., *Symposium Quine*, Universidad de Granada, Granada, 1987.
- QUINE, W. V.: «Posits and reality», en Quine, *The way of paradox*, Random House, New York, 1966.
- «Ontological relativity», en Quine, *Ontological relativity and other essays*, Columbia University Press, New York, 1969.
- «La relatividad ontológica», en Quine, *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Tecnos, Madrid, 1974.
- «Existencia y cuantificación», en Quine, *La relatividad ontológica*.
- «Reply to Chomsky», en D. Davidson y J. Hintikka, Eds., *Words and objections: essays on the work of W.V. Quine*, Reidel, Dordrecht, 1969.
- «Naturalización de la epistemología», en Quine, *La relatividad ontológica y otros ensayos*.
- «On the reasons for indeterminacy of translation», *Journal of Philosophy*, 67, 1970.
- «Reflexiones metodológicas sobre la teoría lingüística actual», en G. Harman, Recop., *Sobre Noam Chomsky: Ensayos críticos*, Alianza, Madrid, 1981.
- «On empirically equivalent systems of the world», *Erkenntnis*, Vol. 9, 1975.
- «Mind and verbal dispositions», en S. Guttenplan, Recop., *Mind and Language*, Clarendon Press, Oxford, 1975.
- «Facts of the matter», en R. Shahan y C. Swoyer, Eds., *Essays on the philosophy of W. V. Quine*, The Harvester Press, Norman (Oklahoma), 1979.
- «Things and their place in theories», en Quine, *Theories and things*, Harvard University Press, Mass., 1981.
- «Respuesta a Orayen», *Análisis Filosófico*, II, 1982.